

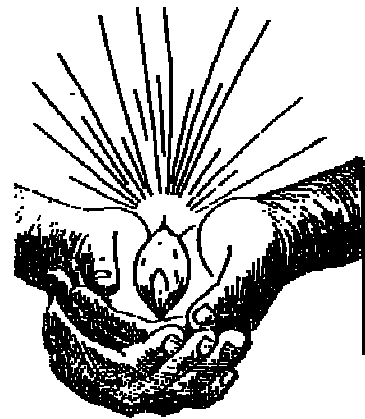
UN CORAZÓN NUEVO PARA UNA NUEVA EVANGELIZACIÓN

EL AMOR ES NUESTRO CANTO

El amor es la palabra limpia que hace vivir.
Es el fruto de la tierra buena y es sufrir.
Es decirle al hermano pobre: "Solo no estás".
No dejes que pase tu tiempo sin más.

El amor es nuestro canto
a la vida que se da,
y que espera un amanecer
en la verdad. (2)

El amor es el regalo eterno que nos da Dios.
Es tener el corazón abierto y es perdón.
Es la fe y la esperanza cierta del más allá.
No dejes que pase tu tiempo sin más.



DESDE LA TERNURA DEL PADRE

La bondad y el amor del Señor
dura por siempre, dura por siempre. (2)

Bendice, alma mía, al Señor,
desde el fondo de mi ser,
y no olvides sus muchos beneficios.
Bendice, alma mía, al Señor,
porque él ha sido grande conmigo
y ha llenado de paz mi vida,

El Señor te ha perdonado todas tus culpas;
te ha limpiado.
Te ha curado de todas tus dolencias;
te ha sanado.
El Señor te ha sacado de lo profundo de la fosa;
te ha liberado.
El Señor te ha puesto en pie después de la caída;
te ha rescatado.

El Señor te corona de amor y de ternura día a día;
llena de bienes y regalos tu existencia.
El Señor te guarda como a las niñas de sus ojos,
y renueva tu juventud como el águila.

Bendice, alma mía, al Señor,
que hace obras de justicia
y otorga el derecho al oprimido.
Bendice, alma mía, al Señor,
que manifiesta sus caminos al que lo busca
y hace prodigios con nosotros.

La bondad y el amor del Señor
dura por siempre, dura por siempre. (2)

El Señor ha sido clemente y compasivo contigo;
ha sido tardo a la cólera
y lleno de amor ante tus fallos.
El Señor no guarda rencor
de tus juegos sucios en su presencia
y no te ha tratado
como merecen tus culpas y pecados.

El amor del Señor, alma mía,
es más alto que los cielos,
y más grande que los mares.
El amor del Señor, alma mía,
es más fuerte que las montañas
y más firme que nuestras rebeldías.

Bendice, alma mía, al Señor,
por la ternura de sus manos.
Bendícelo porque es más bueno que una madre.
Bendice, alma mía, al Señor,
porque conoce lo frágil que es nuestro barro,
y porque comprende a nuestro corazón enfermo.

El amor del Señor, alma mía,
es desde siempre y para siempre.
Su amor es para aquellos que le temen y respetan.
El amor del Señor, alma mía,
es hacer justicia para sus hijos
y para los que guardan su alianza.

La bondad y el amor del Señor
dura por siempre, dura por siempre. (2)

Bendice, alma mía, al Señor,
unida al coro de sus ángeles.
Bendícelo en medio de la asamblea congregada.
Bendice, alma mía, al Señor, el único dueño de la historia.
Bendícelo en todos los lugares de su señorío,

¡Bendice, alma mía, al Señor:
alábale de todo corazón!
¡Bendice, alma mía, al Señor:
su amor sin límites merece nuestro canto!

La bondad y el amor del Señor
dura por siempre, dura por siempre. (2)

LECTURA DEL LIBRO DE EZEQUIEL (Ez 36, 24-28)

“Os daré un corazón nuevo y os infundiré un espíritu nuevo; arrancaré de vuestra carne el corazón de piedra y os daré un corazón de carne.
Os infundiré mi espíritu, y haré que caminéis según mis preceptos, y que guardéis y cumpláis mis mandatos.
Y habitaréis en la tierra que di a vuestros padres. Vosotros seréis mi pueblo, y yo seré vuestro Dios.”



TIEMPO DE SILENCIO

TU AMOR HA SIDO DERRAMADO EN MI CORAZÓN

Yo creo, Señor, que tu amor ha sido derramado en mi corazón.
Creo en tu amor vivo en mí y me abandono en tus manos.

Gracias porque tu Espíritu me inunda, me llena, me da vida.
Te alabo y te doy gracias porque vives en mí,
porque eres un Dios escondido.

Te llamo Padre,
te llamo y te pido que derrames tu Espíritu en mí,
para que él ore en mí,
para que él guíe los pasos de mi encuentro contigo.

Yo sé, Señor, que soy templo tuyo.
Me siento feliz porque habitas en mí,
porque has puesto en mí tu mirada.

¡Soy tu tienda!
¡Señor, eres tan cercano, tan entrañable, tan profundo!
Déjame habitar en tu casa, como tú habitas en la mía.

Quédate conmigo; estate, Señor,
conmigo en mi pobre corazón.
Señor Jesús, Tú vives en mí. Tú eres mi vida plena.

ACUÉRDATE, MARÍA

Acuérdate, ¡oh Virgen María!,
que jamás se ha oído decir
que ninguno de los que han acudido a ti,
implorando tu asistencia
y reclamando tu socorro,
haya sido abandonado de ti.

¡Oh María! ¡Oh María!
¡Oh María! ¡Oh María! (2)

